

nea. Hacía un momento que estábamos allí, cuando se abrió la puerta y entró una joven. Era más bien alta que baja, delgada, y sus ojos y sus cabellos negros contrastaban con la transparente blancura del rostro. No recuerdo haber visto en toda mi vida una palidez semejante, y la rojez que faltaba en los labios sobra en los ojos matizados por las lágrimas. Todo revelaba en ella una intensa amargura, una desesperación más profunda que la del banquero, lo cual era muy extraño tratándose de una mujer que, según el Sr. Holder, era una fortaleza poco vulgar. Sin cuidarse de mí, llegó hasta su tío, y acariciándole dulcemente el rostro, dijo:

—¿Qué? ¿Habéis dado orden de que pongan en libertad á Arturo?

—No, hija mía, no puede ser. No hay más remedio que...

—¡Pero si es inocente!... Estoy segura de su inocencia. Bien es verdad que no tengo razón alguna que lo demuestre; pero ya veréis cómo os arrepentís de vuestra dureza...

—¿Pues por qué se niega á hablar?

—¿Quién sabe? Tal vez ofendido porque habéis dudado de él.

—¿Y cómo no sospechar habiéndole visto como le ví?

—Acaso cogiera la diadema nada más que para verla... Creedme, os lo suplico... ¡Es inocente! Echad tierra al asunto. ¿No os horroriza pensar que nuestro Arturo está en la cárcel?

—No insistas, Mary. Hasta que los berilos parezcan no he de influir lo más mínimo para librar á Arturo. Vuestro amor por él os ciega hasta tal punto, que no pensáis en las terribles consecuencias que tendrá esto para mí. Lejos de procurar que no se hable más de ello he traído de Londres una persona que me ayudará á descubrirlo todo.

—¿Este señor, quizás?—preguntó Mary volviéndose hacia mí.

—No, un amigo suyo. Nos ha rogado que le dejáramos solo para hacer más cómodamente sus pesquisas. Creo que está en la callejuela de la cuadra.

Los negros párpados se fruncióron.

—¿En la callejuela? ¿Para qué? ¡Ah!—continuó viendo entrar á Sherlock.—Este debe ser ese señor. Espero, caballero, que lograréis demostrar la inocencia de mi primo Arturo.

—Indudablemente tengo el gusto de hablar con miss Mary Holder—contestó Holmes sacudiéndose la nieve y acercándose á la chimenea.

Mary se inclinó asintiendo.

—Está bien, señorita. Yo también soy de vuestra opinión. ¿Tendréis la bondad de contestar á una ó dos preguntas?

—Ya lo creo. ¡Ojalá sirvan mis contestaciones para aclarar la situación!...

—¿No habéis oído nada la noche última?

—Nada. La voz de mi tío me despertó y bajé en seguida.

—Creo que fuisteis vos quien cerró las ventanas y

las puertas antes de acostaros. ¿Estáis segura de que no quedó ninguna abierta?

—Segurísima.

—¿Y hoy? ¿Estaban igual que las dejástéis anoche?

—Sí.

—Creo que una de vuestras criadas tiene novio, y que vos, según habéis dicho á vuestro tío, la visteis salir para ir á buscarle. ¿No es eso?

—Sí, Lucía Paw. Ella fué la que nos sirvió el té después de la cena, y tal vez oyó lo que nos dijo mi tío respecto de la diadema.

—¿Entonces creéis que Lucía salió á contarlo á su novio y que los dos acordaron efectuar el robo?

—Me parece que estáis perdiendo el tiempo—interrumpió impaciente el banquero.—¿No os he dicho que yo mismo sorprendí á Arturo con la alhaja entre las manos?

—Esperad un poco, Sr. Holder. Ya llegaremos á eso. ¿Visteis entrar, señorita Holder, á Lucía?

—Sí, al ir á cerciorarme si estaba bien cerrada la puerta, la ví entrar sigilosamente. También me pareció ver el bulto de un hombre en la obscuridad.

—¿Conocéis al novio?

—Sí. Es Francisco Prosper, nuestro verdulero.

—Estaba un poco retirado de la puerta, hacia la izquierda.

—Sí, á la izquierda.

—Y tiene una pierna de madera, ¿verdad?

Por los ojos de miss Mary pasó un relámpago de temor.

—¿Sois brujo?—dijo procurando sonreír.—¿Cómo habéis adivinado todo eso?

Holmes permaneció impasible.

—Ahora quisiera subir al primer piso—dijo.—Y tal vez tenga que volver á la calle. ¡Ah! Se me olvidaba mirar estas ventanas antes de subir.

Las miró una después de otra, y luego, abriendo el amplio ventanal que en el vestíbulo se abría sobre la calleja, lo examinó cuidadosamente con la lupa.

—¡Bueno, vamos!—dijo al fin.

Subimos al tocador del banquero. Era una habitación pequeña, alfombrada de gris. Holmes se dirigió inmediatamente hacia el bufete y empezó á examinar la cerradura.

—¿Con que llave han abierto este mueble?

—Con la que dijo Arturo; la del armario del desván.

—¿La tenéis ahí?

—Aquí está.

Holmes la cogió y abrió el bufete.

—No hace ruido ninguno al abrirse; no es, pues, extraño que no os enteráseis. Esta caja debe de ser la de la diadema, ¿no? Y sin aguardar la respuesta, abrió el estuche y sacó la joya. Era una maravilla, y no recuerdo haber visto nunca unas piedras tan magníficas como los treinta y seis berilos que le quedaban. Estaba torcida por un lado, y en su extremidad le faltaba un pedazo en el cual debían estar incrustadas las tres piedras sustraídas.

—Ved, Sr. Holder—dijo Holmes—el extremo

opuesto al roto. ¿Queréis que lo rompamos también?

El banquero retrocedió espantado.

—¡No! ¡De ningún modo! Ni intentarlo siquiera.

—¡Bah! Yo voy á intentarlo.

Y Holmes procuró en vano doblar la cadena.

—Aunque ha cedido un poco y yo tengo bastante fuerza, comprendo que necesitaría mucho tiempo para conseguirlo del todo. Un hombre de mediano vigor no podría hacerlo. Ahora bien, Sr. Holder, si rompiéramos esto produciría un ruido semejante á un pistoletazo. Y de suceder esto á pocos pasos de vuestro lecho, ¿no os hubiera despertado?

—No sé... No sé... Cada vez me confundo más.

—Pues ya veréis cómo llega á ser más claro que la luz del día. ¿Qué opináis vos, miss Holder?

—Confieso que participo de la perplejidad de mi querido tío.

—¿Vuestro hijo llevaba zapatos ó zapatillas cuando le sorprendisteis?

—No; no llevaba más que la camisa y un pantalón.

—Gracias. No nos podemos quejar de nuestra suerte, y bien torpes seremos si no llegamos á descubrirlo todo. Con vuestro permiso, Sr. Holder, voy á continuar mis investigaciones. Os ruego que me dejéis ir solo para no perjudicar con muchas pisadas el estudio de las que ya están impresas sobre la nieve.

Después de un rato volvió con los pies llenos de fango y el rostro más impenetrable que nunca.

—Me parece que ya no me queda más que ver— dijo.—Os dejo, pues aquí ya no hago nada, y en cambio tal vez haga falta en otro sitio.

—¿Pero y las piedras? ¿Dónde están los berilos, Sr. Holmes?

—No lo sé.

El banquero se retorció las manos desesperadamente.

—¡Ya no las veré más!... ¿Y mi hijo? ¿No me dais alguna esperanza?

—No he cambiado de opinión en lo más mínimo.

—Entonces, en nombre del cielo, decidme qué es lo que ha pasado anoche en mi casa.

—Si queréis venir mañana entre nueve y diez á mi casa, tendré mucho gusto en explicaros todo. Me parece haberos oído decir que me dábais carta blanca para obrar en vuestro nombre, y que con tal de que hallase las piedras, no fijaríais límite á los gastos que ocasionara el hallazgo, ¿no es así?

—Así es. Estoy dispuesto á sacrificar toda mi fortuna.

—Muy bien. De aquí á mañana trabajaré por descubrir la verdad, y es posible que tenga que volver aquí esta noche. Hasta la vista.

Para mí era indudable que mi compañero tenía formada ya su opinión, aunque yo no lograra acertar con ella. Durante el trayecto de casa del banquero á la nuestra, intenté varias veces hacerle hablar del asunto, pero no lo conseguí. Llegamos á Baker Street antes de las tres. Holmes se metió en

seguida en su alcoba, y al poco rato salió disfrazado de vagabundo con una chaqueta reluciente en las costuras y en los codos, una bufanda roja, unos pantalones con flecos y unas botas sin tacones.

—No está del todo mal, ¿verdad?—dijo mirándose al espejo colocado encima de la chimenea.—Mi gusto sería, Watson, que viniérais conmigo; pero temo que no resulte la expedición. Todavía no estoy seguro de haber dado con la verdadera pista. De todos modos, creo que volveré pronto. Y sacando del aparador un trozo de carne asada, la metió en un panecillo abierto por la mitad, y guardándose esta comida en el bolsillo, salió de la habitación.

Volvió á las cinco cuando yo saboreaba una taza de té. Venía de muy buen humor y traía en la mano derecha una bota usada que tiró en un rincón. Luego se sentó á la mesa, y echándose una taza de té, dijo:

—No vengo más que un momento. Me voy en seguida.

—¿A dónde?

—Muy lejos. Al otro lado de Wes-Eud. No me esperéis, porque tardaré mucho en volver.

—¿Y cómo va la cosa?

—Regular. No tengo motivos de queja. He vuelto á Streatham, pero sin entrar en la casa, y he resuelto un pequeño problemita que... Pero no puedo perder el tiempo charlando. Voy á quitarme estos harapos y á recobrar mi respetabilísima personalidad.

En el modo de expresarse se notaba que estaba

mucho más alegre de lo que decía. Sus ojos centelleaban, y una ténue rojez coloreaba sus mejillas habitualmente pálidas. Subió á su cuarto, y unos minutos después sentí cerrar de golpe la puerta de la calle.

Hasta la media noche estuve esperándole, hasta que, cansado y soñoliento, me acosté. Estaba acostumbrado á verle fuera de casa días enteros con sus noches, ocupado en seguir alguna pista, y por eso no me preocupé lo más mínimo aquella noche. No sé á qué hora vendría; pero al día siguiente, cuando bajé á desayunarme, lo encontré sentado como si tal cosa, delante de una taza de café y leyendo un periódico.

—Perdonadme, Watson, que no os haya esperado—me dijo—pero ya recordaréis que nuestro cliente quedó en venir muy temprano.

—Sí; ya no tardará, porque hace rato que he dado las nueve. Ahí creo que está. Me parece haber oído el timbre de la puerta. En efecto, era el señor Holder. Quedé asombrado de la transformación que había pasado por todo él. Su rostro, ancho y sanote el día anterior, ahora parecía arrugado y consumido, y más blanco el color de sus cabellos. Entró con una dejadez y una lentitud mucho más dolorosas que su violencia de la víspera, y se dejó caer en el sillón que yo le ofrecí.

—¡Dios mío! ¿Qué habré hecho yo para ser castigado tan cruelmente?—dijo entre sollozos.—Hace dos días, solamente dos días, yo era el hombre más

feliz del mundo. Hoy no me queda más que una vez solitaria y sin honor. Todo se derrumba sobre mí... Mi sobrina Mary me ha abandonado.

—¿Abandonado?

—Sí. Esta mañana hemos visto que su cama estaba intacta y en la mesa de la antesala había una carta para mí. Ayer, tristemente, sin cólera, la dije que ella tenía la culpa de todo por haberse negado á la boda con Arturo. Sin duda este reproche mío la hizo tomar una resolución tan terrible para mí.

Luego, sacando un papel del bolsillo, continuó:

—Oid:

«Querido tío:

»Comprendo que yo he sido la única culpable de todo por haberme negado á ser la esposa de Arturo. Con este remordimiento me sería imposible vivir bajo el mismo techo que vos, y, por lo tanto, decido abandonaros para siempre. No os preocupéis de mi porvenir, pues está perfectamente asegurado ni tampoco intentéis buscarme, porque me perjudicaríais en vez de favorecerme. Hoy, como ayer y como siempre, os quiere y os querrá vuestra agradecida,

»MARY.»

—¿Qué quiere decir esta carta, Sr. Holmes? ¿Se tratará de un suicidio?

—Nada de eso. Y tal vez sea la solución mejor que podíamos esperar. Puedo deciros, Sr. Holder,

que vuestros sufrimientos van á terminar muy pronto.

—¿De veras, Sr. Holmes? ¿Lo creéis así? ¿Entonces las piedras?...

—¿Daríais mil libras por cada una de ellas?

—Daría diez mil.

—No. Basta con tres mil libras. Y, además, otras mil como recompensa. ¿Lleváis vuestro talonario de cheques? ¿Sí? Pues aquí tenéis una pluma. Extended un cheque de cuatro mil libras.

El banquero sacó maquinalmente la cartera y firmó el cheque pedido.

Holmes se dirigió á su bufete, y sacando un trozo de oro de forma triangular, con tres berilos incrustados en él, lo echó encima de la mesa.

El banquero lanzó un grito de júbilo y se abalanzó sobre el pedazo de oro.

—¡Estas son!—dijo tembloroso y con los ojos llenos de lágrimas.—¡Estoy salvado! ¡Salvado!

La reacción fué tan violenta como lo fuera el dolor, y el buen hombre sonreía, estrechando contra el pecho las piedras recortadas.

—Todavía os queda otra deuda, Sr. Holder—dijo Holmes gravemente.

El banquero cogió la pluma:

—¿Otra deuda? Decid de cuánto y en seguida escribiré y firmaré lo que sea.

—No, no se trata de mí, ni de dinero. Se trata de vuestro hijo á quien debéis pedir perdón mil veces; de ese noble mozo de quien debéis estar orgulloso,

porque se ha portado en esta ocasión como se portarían muy pocas personas.

—¿Entonces no fué Arturo quien cogió los berilos?

—No, señor Holder; ya os dije ayer, y os lo repito hoy, que no.

—¿Estáis seguro? Entonces vamos inmediatamente á decírselo.

—Ya lo sabe. Cuando tuve la seguridad de que no me había engañado en mis suposiciones, fui á verlo y notando que él no quería hablar, hablé yo. Tuvo que confesar que había acertado y hasta me dió algunos detalles que yo no sabía. Ahora tal vez consienta en hablaros.

—Pero, ¡explicadme este misterio en nombre del cielo!

—Ahora mismo; pero antes tengo que deciros algo muy doloroso para vos y para mí. Vuestra sobrina Mary y sir Jorge Burnwell se han escapado juntos.

—¿Mi Mary? ¡Imposible!

—Desgraciadamente, así es. Ni vos ni vuestro hijo conocíais la clase de hombre que entraba en vuestra casa como íntimo amigo. Es uno de los hombres peores de Inglaterra, un jugador arruinado, un miserable sin corazón y sin conciencia. Cuando murmuró al oído de vuestra sobrina palabras de amor, pronunciadas mil veces y á mil mujeres antes que á ella, la pobre, ignorante del mundo y de los hombres, las creyó sinceras. Inspirado por Sa-

tanás, él logró dominarla por completo. Todas las noches se veían.

—¡Imposible! Yo no puedo creer eso. No puedo creerlo—gritó el banquero, congestionado y con los ojos fuera de las órbitas.

Holmes inclinó la cabeza.

—Os estoy diciendo la verdad, Sr. Holder. La noche del robo, vuestra sobrina, creyéndose acosado, bajó calladamente de su cuarto y se asomó para hablar con su novio á la ventana que cae sobre la calleja de la cuadra. La señal de los pies de sir Jorge se hundió profundamente en la nieve, lo cual demuestra que estuvo allí largo tiempo. Ella le habló de la historia de la diadema, y entonces él, excitada su odiosa pasión por el oro, logró convencer á vuestra sobrina para que la robara. No dudo que ella os ame, pero ya sabéis que hay cierta clase de mujeres en la cual el amor de un hombre apaga y ahoga toda clase de afectos, y tal vez vuestra sobrina sea una de estas mujeres.

Apenas había recibido las últimas instrucciones de su amante, os sintió bajar, y cerrando la ventana apresuradamente, os contó la escapada de la doncella con el verdulero de la pierna de palo, en lo cual no mentía.

Vuestro hijo Arturo fué á acostarse después de la inútil petición que os había hecho; pero no pudo conciliar el sueño preocupado con sus deudas. A media noche oyó rumor ténue de pisadas, se levantó, y saliendo al pasillo, se asombró viendo á su pri-

ma andando sobre la punta de los pies y entrando en vuestro tocador.

Profundamente intrigado volvió á su cuarto, se puso un pantalón y esperó en la sombra el final de aquella aventura. Al poco rato miss Mary salió del tocador, y á la luz de la lámpara del pasillo, vuestro hijo vió que llevaba en las manos el precioso estuche. Ella bajó la escalera. El, temblando de horror la siguió, y oculto detrás de un cortinón, vió lo que pasaba en la antesala. Mary abrió suavemente la ventana, entregó la diadema á alguien que debía estar en la calleja, volvió á cerrar, y se dirigió hacia su cuarto, rozando al pasar el cortinón donde se ocultaba Arturo.

Mientras ella estuvo delante, él no supo qué hacer, seguro de que si gritaba ó la detenía, perdería para siempre la mujer á quien amaba. Pero en cuanto desapareció comprendió las terribles consecuencias que tendría para vos aquel robo y lo importante que era perseguir al criminal. Tal como estaba, con los pies desnudos, saltó por la ventana, y corriendo por la calleja cubierta de nieve, vió á la luz de la luna la silueta de sir Jorge Burnwell que procuraba escaparse. Arturo se abalanzó sobre él, y hubo una breve lucha, tirando cada uno de un extremo de la joya. En la riña vuestro hijo le dió un golpe á sir Jorge, y le hirió debajo del ojo derecho. De pronto Arturo notó que las manos de su enemigo se aflojaban, y tirando hacia sí, le arrancó la diadema. Corrió después á la casa, saltó por la ventana, cerrán-

dola por dentro, y subió á vuestro cuarto. Al ir á guardar la diadema notó que se había torcido con la lucha y procuraba enderezarla, cuando vos le sorprendísteis.

—¿Es posible?—murmuró el banquero.

—Excitásteis su cólera insultándole, precisamente cuando debíais darle gracias por su valor y su abnegación. Arturo no podía hablar sin comprometer gravemente á una persona por él muy querida, y que, sin embargo, no merecía consideraciones de ningún género. Así, pues, tomó el partido más caballeresco, y se negó á decir una sola palabra.

—¡Ah! ¡Por eso ella rompió á llorar y se desmayó al ver la diadema!—gritó el Sr. Holder.—¡Qué ciego he sido, Dios mío! Por eso mi pobre hijo me pedía cinco minutos para salir y ver si encontraba el pedazo arrancado. ¿Qué cruel he sido juzgándole?

—Al llegar á vuestra casa—continuó Holmes impasible—examiné todo cuidadosamente, fijándome primero en la nieve para ver si descubría algo importante. No había vuelto á nevar, y la nieve helada debía conservar perfectamente toda clase de huellas. Todo el sendero que conduce á la cocina estaba lleno de barro, y las numerosas pisadas se confundían unas con otras. Sin embargo, un poco más lejos, cerca de la puerta, una mujer estuvo hablando con un hombre que llevaba una pierna de madera. También observé que fueron sorprendidos, porque la mujer había echado á correr en dirección á la casa, como indicaban sus huellas profundas en las

puntas de los pies y casi imperceptibles en el tacón. Pata de palo esperó un momento hasta verla entrar en la cocina. En seguida me figuré que esta mujer y este hombre debían ser la doncella y su amante á quienes se refirió vuestra sobrina. Luego recorrí el jardín sin encontrar más que pistas que se cruzaban y confundían y debían ser de los policías; pero en la calleja que conduce á las cuadras, estaba escrita en la nieve una larga é interesante historia.

Había una pista doble de un hombre calzado, y otra doble pista de otro hombre con pies desnudos. Lleno de alegría comprendí desde el primer momento que estas últimas huellas pertenecían á vuestro hijo. El primero de los hombres fué y volvió tranquilamente; pero el segundo había corrido con todas sus fuerzas, y sus huellas cubrían muchas veces las del primero, lo cual demostraba que le había seguido. La pista terminaba al pie de la ventana del vestíbulo, donde las botas habían fundido la nieve, como prueba de que el hombre calzado estuvo allí largo tiempo. Volví hacia atrás, y como á unos cien pasos de la ventana observé que la nieve estaba removida como después de una lucha, y algunas gotas de sangre me ratificaron en lo pensado. El hombre de las botas logró escapar, y las gotas de sangre que seguían sus pasos, demostraban que era él el herido. Al llegar á la carretera ya desaparecían las señales, pues habían quitado la nieve desde muy temprano.

Quando entré en la casa recordaréis que examiné

con la lupa el borde y las maderas de la ventana. Entonces noté el contorno del pie húmedo de alguien que había entrado.

En seguida formé mi opinión. Un hombre esperaba al pie de la ventana, alguien le trajo la diadema y se la entregó. Vuestro hijo oyó el ruido, y al enterarse de lo que pasaba, persiguió al ladrón. Habían luchado tirando cada uno para sí de la diadema hasta que la partieron. En seguida vuestro hijo volvió con la diadema, no sin dejar un fragmento en manos del enemigo. Hasta aquí todo estaba muy llano. Sólo quedaba por averiguar quién era el ladrón y quién le entregó la joya.

Hace mucho tiempo que considero como una ley el que en todo absurdo se esconde siempre algo de verdad. Y yo sabía que vos no entregásteis la diadema; así es que sólo podía sospechar de los criados y de vuestra sobrina. Pero si hubiera sido alguno de los criados, ¿cómo iba á dejarse acusar vuestro hijo en lugar suyo? No había ninguna razón para creer semejante locura. En cambio, si la había, tratándose de su prima á quien las palabras de Arturo podían deshonorar para siempre. Y cuando recordé lo que me habíais dicho del enamoramiento de Arturo, y que sorprendísteis á Miss Mary en la ventana y que se desmayó al ver la diadema en manos de vuestro hijo, mi suposición se hizo certidumbre. Faltaba conocer á su cómplice. Este debía ser únicamente su novio ó su amante, pues sólo un hombre que reuniera estas circunstancias podía ha-

cerla olvidar el cariño y el agradecimiento que os debía. Ya sabía que salíais poco de casa y que el círculo de vuestras amistades era muy reducido. Pero entre esos amigos figuraba sir Jorge Burnwell, y yo he oído hablar siempre muy mal de este hombre. Las huellas de los pies calzados debían ser suyas, y en sus manos debían estar los tres berilos. Aunque Arturo lo hubiera reconocido durante la lucha, él podía estar muy tranquilo, puesto que vuestro hijo al denunciarlo denunciaba á su amada.

Ahora ya adivinaréis fácilmente los medios de que me he valido. Disfrazado de vagabundo fuí á casa de sir Jorge y trabé conversación con su criado, enterándome por él que su amo se había herido en la cabeza la noche anterior, y, finalmente, por la modesta suma de seis chelines, adquirí una prueba indudable, comprándole un par de botas viejas. Volví con ellas á Streatham, y ví que se ajustaban perfectamente á las que estaban impresas en la nieve.

—Ahora recuerdo que ví ayer un hombre de mala traza por los alrededores, y principalmente en la calleja.

—Justamente. Era yo. Seguro ya de que lo sabía todo, volví á mi casa para cambiar de ropa. Me quedaba la parte más difícil; teníamos que evitar el escándalo de una detención, y además tropezaba con la dificultad de que el bandido Burnwell conocía las razones que nos ataban de pies y manos. Fuí á verle. Al principio, naturalmente, negó en absoluto. Luego, cuando le dije punto por punto todo lo que ha-

bía hecho, quiso armar un escándalo, y abalanzándose á una panoplia cogió un puñal. Pero yo, conociendo la clase de hombre con quien tenía que habérmelas, saqué una pistola y le dije que al menor movimiento suyo le descerrajaba un tiro. Entonces se hizo más razonable. Le prometí que se le pagarían á mil libras cada berilo. Al oírlo frunció las cejas y dijo bruscamente:

—¡Que el diablo me lleve sino las he vendido las tres hoy mismo por seiscientas libras!

Obtuve fácilmente las señas del comprador, prometiéndole que no sería perseguido lo más mínimo.

Fuí en seguida á ver á aquél, y después de una larga discusión, logré que me cediera las tres piedras por tres mil libras. Entonces, ya tranquilo, fuí á ver á vuestro hijo y le dije que todo estaba arreglado. Y, por último, vine á acostarme á las dos de la madrugada, pues me parece que tengo derecho al descanso después de una jornada tan fatigosa.

—Una jornada que ha librado á Inglaterra de un escándalo político—dijo el banquero levantándose.

—Caballero, no encuentro palabras para mostraros mi agradecimiento; pero conste que no tratáis con un ingrato. Veo que sois mil veces más hábil de lo que me habían dicho y elogiado. Ahora debo correr en busca de mi hijo y pedirle perdón de rodillas por lo mucho que le hice sufrir. Sólo me queda un dolor y dolor profundo: el de perder á mi pobre Maryr. ¿No podríais averiguar, vos que lo sabéis todo, dónde estará ahora?